

Relato de un evadido



En Sevilla, con los suble- vados fas- cistas

III

De San Julián al Pumarejo

EN la noche restallan los zumbidos de los fusiles, que se entrelazan con el isócrono tac-tac de las ametralladoras. Noches de faroles rojos en el alma de la ciudad, que tiembla de espanto bajo los pliegues de las chilabas morunas que en esas horas vengaban rencores atávicos de opresiones en quienes siempre defendieron la autodeterminación de los pueblos.

Las llamaradas de los incendios cantaban un himno guerrero, y en los corazones proletarios saltaba, en la comba de los deseos, el fervor entusiasta, el anhelo unánime de aplastar al fascismo. Todos, comunistas, socialistas, anarquistas, masones, republicanos, estábamos unidos en fraterna cordialidad. Todos, absolutamente todos, querían un fusil. Hubo en la Macarena muchos jóvenes que, sin cuidarse de las balas, irrumpieron en el frente enemigo, apoderándose de los armamentos de los rebeldes.

Regresaban a las barricadas con los trofeos bélicos y con sonrisas ingenuas de héroes anónimos.

Triana, en su defensa, fué heroica; pero ante el Pumarejo, sus aristas se embastecen e insignifican.

El 23 de Julio, los facciosos emplazaron cañones bajo el arco de la Macarena, enfilando la calle de San Luis. Fueron ataques ruda e inopinadamente, con eficacia, dificultándoles el acierto en el blanco. Con estrépito, las casas viejas se derrumbaban al explotar de los obuses, y las carcomidas maderas crepitaban en fuego.

Se construyeron varias líneas de barricadas. Dos, tres, cuatro, muchas, de diez en diez metros; tantas como podían. Los legionarios, Guardia civil y Regulares se lanzaron sobre las primeras con bombas de mano, y desde las otras se les hizo frente. Los pardos uniformes, los negros tricornios, en el pavimento, se trenzaban con cintas de sangre.

Vanos fueron todos sus intentos. No avanzaban ni un paso. Las improvisadas fortificaciones eran inexpugnables. Los autos blindados, con ametralladoras, desplegaban su actividad. Desde los balcones y azoteas se les disparaba, y más de una vez se retiraron.

La treta de los caballos

Como nada obtenían, discurrieron nuevos procedimientos. Ni granadas de mano, ni obuses de cañón, ni ametralladoras y blindados arredraron a los bravos luchadores marxistas y anarquistas. Nada empavorecía a los defensores de la libertad, que, sin esperanzas de auxilios externos, jalonaban las horas con sus proezas heroicas. El proletariado industrial de la gran ciudad demostraba su enorme capacidad revolucionaria, no en soberbios discursos, sino en la realidad palpitante y viva de los hechos.

Las fuerzas de Caballería, en cada intento, eran repelidas con innúmeras bajas. Los finos potros andaluces caían con sus jinetes al lado de los parapetos. De repente, quince, veinte, muchos nobles animales fueron aliviados de la carga de sus caballeros. En reata, fueron brutalmente aguijoneados, y en loca y desenfrenada carrera se precipitaron sobre las defensas, que, sorprendidas por el ciego ímpetu de los equinos maltratados, se aplastaron junto a la improvisada muralla defensiva. Algunos potros, de relucientes crines, bello espumeante, cola agitada y carnes temblorosas, se estrellaron en los adoquines de las barricadas con furia. Otros, en ágil impulso, saltaron los obstáculos y fueron recogidos por los nuestros, que les cuidaron con el celo que merecían. El propósito de romper nuestras líneas quedó frustrado.

Cómo se quebrantó la resistencia

Todas sus argucias guerreras, toda su estrategia bélica, habíanse hundido. Nada alcanzaban. En la amanecida del 24 de Julio arreciaba el fuego enemigo bajo el cielo azul y blanco de la hora. Nuestros bravos camaradas ahorriban, con deleites de avaros, las municiones, y cada respuesta era un objetivo práctico: un sublevado en tierra.

La táctica de los leales, la resistencia numantina, les ocasionaba pérdidas, y fué de Queipo de quien surgió la idea que les proporcionó la victoria.

Recorrieron barrios obreros en recluta de mujeres y niños. Pronto reunieron bastantes. De improviso, el parapeto móvil de seres queridos de los trabajadores avanzaba, y, resguardados en él, los mercenarios de la Legión y los

«aguerridos» Regulares, con su secuela de cloróticos fascistas. Los leales se sobrecogieron de estupor. En la guerra, todo estupor es derrota, y de este estado de conciencia sorprendida se beneficiaron los facciosos. En total afasia, los fusiles amigos callaban, mientras los rebeldes, tras las inocentes compañeras e hijos de nuestros camaradas, disparaban con odio.

Se abandonaron los parapetos, y cada uno, lo más ordenadamente que pudo, procuró salvarse de la incontinencia y furia enemiga. Sin obstáculos, los legionarios y mahometanos, con los fusiles en alto, las bayonetas caladas, asaltaron las posiciones. Entonces su terrible furia se desencadenó. Violentaban las casas, destruían mobiliarios, y donde tropezaban con trabajadores—hombres o mujeres—la bayoneta homicida truncaba las vidas restallantes de entusiasmos y llenaba las calles de sangre obrera. Destruía todo lo que significaba para nosotros fuerza y adhesión.

Hacia los pueblos

Con el día agonizó la heroica resistencia del pueblo de Sevilla. Sólo quedaba, como efectivo en la lucha, el recurso de «paquear» desde azoteas y ventanas al amparo de las sombras nocturnas. Las guitarras andaluzas quebraron sus bordones por el respuntar de las pistolas, y el cante jondo que arpeggiaban las gargantas se hizo brioso himno de temeridades y bravuras de los proletarios que, en la atardecida, se dirigían a los pueblos cercanos, henchidos de fervores por la causa de la democracia, de la libertad, de la emancipación de los eternos esclavos.

En los pueblos se organizó la defensa para, al menos, entretener a los sublevados e imposibilitar su avance hacia Extremadura. En los pueblos se carecía de pertrechos para hacer frente a la potencia armada del fascismo. Comprendimos entonces que ya no había sublevación, que ésta fué vencida y arrollada; pero que había surgido la guerra civil, mejor dicho, que la lucha de clases, sorda y amenazante desde Abril del 31—aquel Abril verbenero de la República que recibimos con alegría de chiquillos y nos aprovechamos con inteligencia de hombres—, estaba sobre los campos de España en pie y se hacía preciso encauzarla para posibilitar la victoria.

ANTONIO SALGADO